

poco aviso, ridiculizando al Emperador. Y los novelistas y dramaturgos plasmaron en sus obras estas fantasías de los historiadores. Los documentos dicen que don Carlos mandó hacer por su alma los oficios funerales y una misa de *requiem*, a los que asistió devotamente, colocándose junto al altar mayor. Y el famoso cronista Juan Ginés de Sepúlveda, que estuvo en Yuste a visitar a don Carlos y platicó, antes y después de su muerte, con los frailes y criados que le servían, dice que, al tiempo del ofertorio, salió el César a ofrecer su vela en manos del Sacerdote, como si pusiera en las de Dios su alma, y dijo: «Yo te ruego y suplico, oh Arbitro de la muerte y de la vida, que de la misma manera que el sacerdote coge este cirio, así recibas en tus manos mi alma, cuando sea tu voluntad de sacarla de este mundo». Así, llanamente, devotamente, cristianamente, rogaba a Dios por su alma el Emperador del mundo. Nada de hacerse el muerto, ni meterse en un ataúd, ni las otras extravagancias que han escrito los historiadores dolosos o poco avisados. Don Carlos ni siquiera ordenó que su cuerpo agonizante fuera colocado sobre unas pajas, ceniza o polvo, como hizo don Diego de Jerez. Las exequias que don Carlos se mandó hacer en vida, no fueron un acto de locura, como algunos dicen; fueron un gesto de profunda devoción. ¿De dónde salieron tantos dislates como se han escrito?: de la ignorancia, de la mala fe.

Veamos, para ejemplo, cómo describe Robertson, historiador de fama, las exequias: «Resolvió — dice — celebrar sus propias exequias antes de su muerte. Por su orden, fué erigido un catafalco en la iglesia del monasterio. Acudieron sus criados en procesión funeraria, llevando negros hachones. El mismo Carlos seguía envuelto en un sudario. Se le colocó en su ataúd con mucha solemnidad y se le cantó después el oficio de los muertos. Carlos se unió a las oraciones recitadas por la salud de su alma, mezclando sus lágrimas a las que vertían los criados de su casa, como si hubiesen celebrado los auténticos funerales. La ceremonia se terminó con la aspersión del agua bendita sobre el ataúd, según las rúbricas; y, habiéndose retirado todos los asistentes, se cerraron las puertas de la iglesia. Entonces Carlos salió del ataúd y marchó a su aposento, lleno de los sentimientos de terror que una tan singular ceremonia era capaz de inspirar; pero la duración fatigosa del acto y la impresión causada en su ánimo por la imagen de la muerte, le afectaron de tal manera, que al día siguiente fué atacado de una violenta calentura, a la que su feble constitución no pudo resistir». Estos dislates escribe Robertson, a quien por esos mundos consideran historiador notable, cuya sectaria y antiespañola *Historia del reinado del emperador Carlos V*, ha sido traducida a los principales idiomas — al español, con patrocinio oficial, en 1847 —. No es extraño que tales infundios se hayan propagado en las universidades y escuelas, en los diarios y revistas; que han contribuído a presentar, durante largo tiempo, la estancia del César en Yuste como una mamarrachada.

Consignaremos, reiterando ejemplos, otro dislate. Víctor Duhamel, en su *Historie constitutionnelle de la Monarchie Espagnole*, tomo I, pág. 356, escribe: «Las privaciones y la enfermedad acabaron por alterar las facultades de su espíritu cada vez más sombrío. Un día, el 20 de septiembre de 1558, en un acceso de negra melancolía, tuvo el aciago pensamiento de querer ser testigo de sus exequias. Los monjes de San Justo celebraron, por su orden, la lúgubre ceremonia en la iglesia del convento, mientras que él mismo, envuelto en un sudario y echado en un ataúd, unía su voz apagada a la de los religiosos, que salmodiaban el oficio de los muertos. Tras la absolución, todos los asistentes se retiraron y dejaron solo en la iglesia al Monarca que había deseado enfrentarse con esta imagen terrible de la muerte. Sus deseos estaban cumplidos; su existencia no se hallaba ya ligada a la tierra. Levantándose como un espectro, fué a prosternarse al pie del altar; después, embargado de un delirio espantoso y de una fiebre ardiente, regresó a su celda donde expiró al día siguiente». Es difícil consignar más errores en menos líneas.

Y como estos dislates, pudiéramos allegar otros mil, que aún hoy se creen, se enseñan y se escriben.

DOMINGO SANCHEZ LORO

## MEDIA NARANJA

(Leyenda del Emperador)

*Y mandó a Ruy Gómez a pedir a Don Carlos, su padre, que abandonara Yuste y le fuera a ayudar y que no renunciara al Imperio hasta ver el sesgo que tomaban los negocios.*

Pescaba el Emperador  
y descuidaba la caña.

Por el cauce de la alberca  
tranquilas bajan las aguas  
bien bordadas de alamares  
y lentejuelas doradas,  
rendidas por el otoño  
ante las augustas plantas.

En manso y breve recodo,  
estos oros se remansan  
engarzando, entre arabescos  
y labor de filigrana,  
el sol redondo y chiquito  
de una encendida naranja.

En el fondo de guijarros  
bailan las truchas la danza  
con giros de marionetas  
y bogan y hacen gárgaras.

En el fondo azul del cielo,  
pinchado a una nube blanca,  
se ha disecado un azor  
haciendo cruz con las alas.

Al pié firme, destocado,  
respetada la distancia,  
Ruy Gómez, habida venía,  
le va sonando palabras:

Señor, el Rey don Felipe  
precisa de vuestra Gracia  
y os ruega que le acorriáis  
en el gobierno y la guarda  
de tan dilatados reinos,  
tan luengos de tierra y agua  
que es mucha rienda a la mano  
para quien mozo cabalga.

Echa menos mi Señor

la prudencia recta y sabia  
que amasó tan grande hacienda  
y la energía titánica  
del Emperador, su padre,  
que alzó a tan segura y alta  
majestad a la realeza  
y señorío de España.

Es joven el Rey, Señor,  
y echa menos vuestras canas.

Calló Ruy Gómez y, un tiempo,  
el murmullo de las aguas  
hizo un solo de cristal  
en una lira de plata.

En las manos imperiales  
tembló un momento la caña.

Luego, con aire cansado  
y mesurada palabra,  
así dice al caballero  
que la respuesta le aguarda:

Decid al Rey que es preciso  
que por sí solo se valga  
si quiere aprender la ciencia  
del bien gobernar. La fama  
y el honor de la corona  
no se dan, cada mañana  
hay que ganarlos al día  
en una dura batalla  
y la frente es el crisol  
donde el amor hecho brasa  
va aquilatando sus oros  
y puliéndole esmeraldas.

Yo consumí el corazón  
en esa hoguera, sin tasa.

Es preciso que él, ahora,  
labre su propia tiara.

Decidle que, en Dios los ojos  
y el pecho en su confianza,  
el Mundo entero es apenas  
como esa humilde naranja  
que anda escondiendo rubores  
entre los juncos y el agua.

- Al tiempo que dice, tiende  
la regia mano enguantada  
y al remanso de la alberca  
con gesto blando señala -

Sigue Ruy Gómez la mira  
y, con gracia cortesana,  
responde al César: Señor,  
esa puede ser naranja  
o tan sólo mitad della,  
pues sólo mitad declara  
a los ojos que la ven.

Valoró el César la clara  
y aguda respuesta más  
por cuanto que su desgana  
la había lanzado al río  
después de apenas catarla  
y no era entera, en efecto,  
aunque a cualquiera engañara,  
aquella manzana de oro  
entre los juncos varada.

Luego, mira al caballero

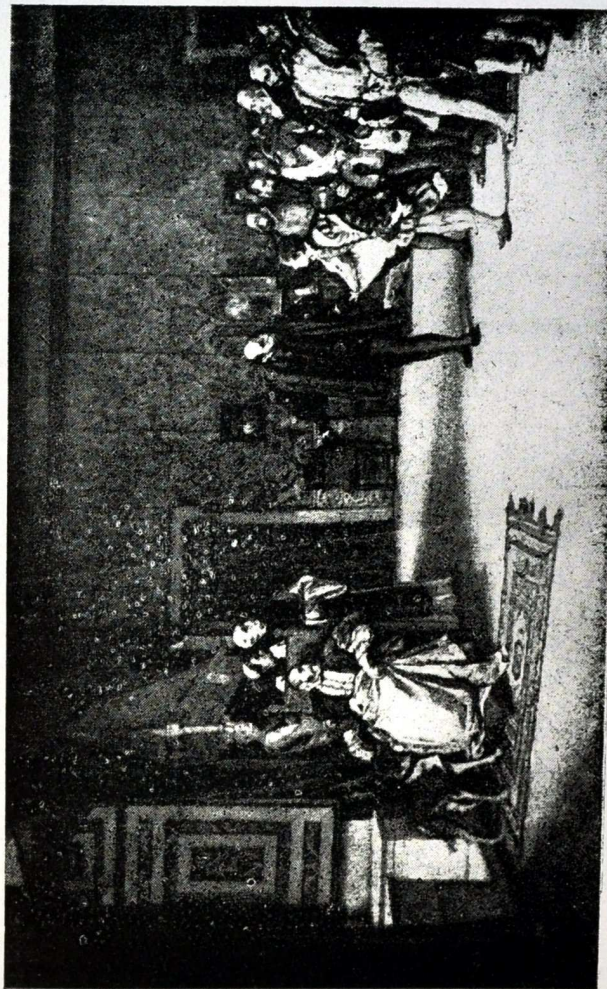
y, tras brevísima pausa,  
le dice: Id en buen hora  
hidalgo. A vuestra embajada  
en vos doy contestación  
que bien tiene quien bien halla  
fiel y leal consejero  
y, pues que en vos se acompañan  
con la discreta prudencia  
tan nobles prendas, tornadlas  
con vuestra presencia al Rey  
que no precisa un monarca,  
para bien guardar su reino,  
nis más oro ni más armas.

Dijo, y acabó la audiencia  
sin apelación fallada.

Postró la rodilla en tierra,  
besó la mano cesárea  
y se retiró el hidalgo  
sin osar volver la espalda.

En la diestra de Don Carlos,  
que otrora empuñó la espada  
y el cetro de medio Mundo  
con gigantesca arrogancia,  
al suspirar de los vientos  
vacila agora la caña.

José CANAL.



«Visita del infante Juan de Austria al Emperador, en Yuste», de Rosales